

El arielismo: una doctrina innovadora y origen de la generación de 1902

*Manuel Hernández Ruigómez**

Introducción

Con el título de *Ariel*, el ensayista uruguayo José Enrique Rodó Piñeyro (1872-1917) publicó un libro, en los albores del siglo XX, que tuvo una enorme repercusión entre la intelectualidad hispanoamericana y, en general, en el mundo hispánico. Muy en general, puede decirse que el propósito del autor al escribir esta obra era contraponer el ser y la realidad de lo hispanoamericano frente a lo estadounidense. Con *Ariel*, Rodó logró establecer las bases de una doctrina innovadora cuya influencia alcanzó al conjunto de los países de habla española. Su aparición en Montevideo, en 1900, representó un fuerte impulso desde el punto de vista de la renovación literaria, política, intelectual y de los valores en el mundo hispánico. Es decir, a partir de este trabajo y de su influjo, se creó una corriente concreta de pensamiento político e intelectual que podemos identificar con el nombre de «arielismo». Su repercusión se pudo observar en la mayoría de las naciones al sur del río Bravo y, muy singularmente, en la República Dominicana. En este país caribeño, y

* Doctor en Historia de América, Universidad Complutense de Madrid (España).

gracias a los hermanos Henríquez Ureña, *Ariel* alcanzó gran reconocimiento. A partir de Santo Domingo, su proyección llegó hasta otros países de América, en particular, y en un principio, a Cuba y México, en los primeros años del siglo XX.

Su publicación tuvo lugar muy poco tiempo después de la derrota de España frente al poderío naval y militar de Estados Unidos en Cuba y Puerto Rico, además de en Filipinas, en 1898. Este hecho provocó un revulsivo y puso en guardia a una buena parte de la intelectualidad que habla, piensa y escribe en español. El «desastre» como pronto se conoció en España, espoleó a los que más tarde fueron reconocidos como «Generación del Noventa y Ocho», grupo que nació a partir de la publicación, por Ángel Ganivet, de su *Idearium español*, en 1897, solo tres años antes de la aparición de *Ariel*. La obra de Ganivet desencadenó una oleada regeneracionista en la que también se inscribieron muchas otras, incluida la más tardía *Defensa de la Hispanidad* (1934), de Ramiro de Maeztu, como también lo había hecho, años antes en América, el libro de José Enrique Rodó, cuyo escrito crítico introductorio fue realizado por el escritor español Leopoldo Alas «Clarín» (1852-1901).

Aquellos años, en los que Rodó escribió y publicó algunas de sus obras, tienen una considerable fuerza creadora en el entorno histórico hispanoamericano —así como en otras partes del mundo, también en España—, un período de «flexión, cambio y reforma que abarca los años que transcurren entre el final del siglo XIX y los comienzos del XX, en concreto, entre 1880 y 1910».¹ En este lapso de 30 años, se inscribe *Ariel* y el mensaje en el que se instiga a los hispanoamericanos a transformarse sobre la base de sus propios valores civilizatorios. Rodó

¹ Mario Hernández Sánchez-Barba, «Una generación de intelectuales ante el futuro político de Hispanoamérica (1902)», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 111 (mayo-junio, 1960): 157.

califica al movimiento que diseña a través de *Ariel* como «de restauración», también de transformación, para hacer frente a una sociedad cambiante sobre la que alerta a los ciudadanos uruguayos y a los del resto de Hispanoamérica.

Es la época en la que también nació y se desarrolló el Modernismo, cuyo epítome es el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), y que no es simplemente una reacción contra el romanticismo, ni una nueva estética literaria. Es sobre todo una reflexión que porta un mensaje de carácter social y cultural. Junto a Darío, hay que inscribir en este movimiento a los cubanos José Martí Pérez (1853-1895) y Julián del Casal y de la Lastra (1863-1893), al mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y al colombiano José Asunción Silva Gómez (1865-1896), entre muchos otros. No obstante, hay que subrayar que Rodó se posicionó de forma crítica contra el Modernismo a partir de la proyección de lo que podemos calificar de corriente de pensamiento político centrada en la búsqueda de un futuro diferenciado para los países hispánicos, como veremos más adelante. El arielismo se presenta también como una ideología renovadora, de transformación en la que podemos inscribir a muchos autores, pero en especial al dominicano Pedro Henríquez Ureña, verdadero difusor del mensaje contenido en *Ariel*, entre otros destacados escritores originarios de ese continente occidental.

Con todo, modernistas y renovadores arielistas formarían parte de una misma generación o, al menos, de dos generaciones paralelas, de características similares, cuyos respectivos mensajes llegaban con un anhelo de cambio, de metamorfosis efectiva. Pero, sobre todo, los arielistas compartirían un mensaje identitario y de aliento frente a la pujanza de Estados Unidos. Una potencia militar de la que arielistas y modernistas fueron testigos con ocasión de la humillante derrota de España en Cuba y Puerto Rico. Ya sabemos, desde su definición por José Ortega

y Gasset, que una generación que llegue a tener influencia decisiva en la sociedad se reconoce por tres rasgos identificativos. En primer lugar, el autoconvencimiento de formar parte de un grupo humano con vocación de regeneración y proyección social. Segundo, la existencia de un guía, un promotor, la persona más representativa del grupo humano unitario, que oriente y atraiga a sus contemporáneos por una vía concreta. Por último, la determinación del mentor, persona que, según Ortega, tiene que estar en torno a los treinta años de edad, momento en la vida de un ser humano en que puede comenzar a actuar de forma autónoma en el medio en el que se desenvuelve y también a influir desde una perspectiva histórica. En realidad, todos los componentes de una generación histórica comparten una misma concepción vital —incluso aunque no hayan tenido contacto físico ni se conozcan directamente—, reaccionan de modo similar ante la problemática planteada y tienen más o menos la misma edad. En el caso de Rodó, todos esos rasgos son los que llevaron a convertirle en guía de la generación de 1902, como veremos más tarde.

***Ariel* y la renovación de América**

Ya hemos subrayado que José Enrique Rodó y *Ariel* llegaron a ejercer un papel primordial en el continente, llevando la necesidad de renovación a ese conjunto de países. Rodó fue una suerte de líder de la generación que se formó y que de algún modo encabezó en el entorno hispanoamericano. En el año de su publicación (1900), Rodó estaba cercano a los treinta años de edad, es decir, cumplía una de las condiciones que Ortega señaló para encabezar una generación influyente. Para escribir aquella prestigiosa obra, se inspiró, por una parte, en el drama *La tempestad* de William Shakespeare en el que se establece

una oposición maniquea entre el bien y el mal, entre Ariel, representante de la espiritualidad, de la inteligencia, de la belleza, y Calibán, personificación del utilitarismo, de la sensualidad desidealizada, de la torpeza. Además de en *La tempestad*, otra de las fuentes en las que bebió Rodó, por otra parte, fue en el ensayo dramático *Caliban*, publicado en 1878 por el pensador francés Ernest Renan (1823-1892) y también inspirado en la obra de teatro del genio inglés. Por su parte, el gran poeta y máximo exponente del modernismo, Rubén Darío, conocido como el príncipe de las letras castellanas, tuvo una considerable influencia en su contemporáneo José Enrique Rodó, como veremos más adelante.

La línea argumental shakespeariana es trasladada por Rodó al marco americano de la época —finales del siglo XIX, inicios del XX— sirviéndose de ella para analizar determinadas situaciones que se vivían en el Nuevo Continente. Pero, además, Rodó buscaba apoyar sus particulares tesis sobre las que, desde su perspectiva, debían ser los fundamentos de una sociedad ideal en la América de cultura latina. A ese respecto, el mensaje arielista tenía un claro destinatario: la juventud americana o, si se quiere, hispanoamericana, por entonces muy atraída por el estilo de vida estadounidense que se iba expandiendo de modo vertiginoso por el resto del continente. Es decir, desde la perspectiva de Rodó, la sociedad americana de cultura anglosajona, la sociedad del éxito, amenazaba por su pujanza y penetración a las raíces culturales de la América al sur del río Bravo.

Podríamos argumentar que dos son, en lo fundamental, las ideas-mensaje contenidas en la doctrina arielista. En primer lugar, la desmitificación del que a sí mismo se denomina «American way of life», el modelo de vida estadounidense. Desde el punto de vista de Rodó, ese estilo de vida está basado, por un lado, en la ética protestante y, por otro, en los comportamientos sociales y económicos que impone el funcionamiento del

sistema económico capitalista tal como fueron descritos por el ensayista alemán, contemporáneo de Rodó, Max Weber (1864-1920). Para Rodó, las prácticas del capitalismo estadounidense del siglo XIX modelan un tipo de sociedad materialista en el que las concepciones utilitaristas —que Rodó califica de «nordománia»— dominan sobre cualesquiera otras y el éxito es entendido como la culminación de toda acción emprendida por el hombre. En segundo lugar, la búsqueda del éxito y, en definitiva, del beneficio económico a toda costa —el éxito suele contabilizarse en dinero— insensibiliza al ser humano que lo antepone como finalidad suprema a cualquier otra presente en su universo individual. Del mismo modo, un hombre así modelado, piensa Rodó, no se parará en medios para conseguir lo que la civilización en la que se mueve le está siempre sugiriendo e incluso imponiendo y esto, a fin de cuentas, acaba por deshumanizarle.

La doctrina que se deriva de este pensamiento nació en un momento muy particular de la historia iberoamericana. Por un lado, se acababa de producir la derrota de España ante la arrolladora potencia militar de Estados Unidos (1898). Como consecuencia de aquella guerra, dos pueblos americanos de cultura hispánica —Cuba y Puerto Rico— pasaron a la esfera de influencia anglosajona. Por otro lado, Estados Unidos ya llevaba algunos años tratando de atraerse a los pueblos iberoamericanos: en 1823, se había enunciado la Doctrina Monroe y a mediados de siglo se había dado a conocer el llamado Destino Manifiesto. Pero no sería hasta 1889, fecha de la convocatoria en Washington de la I Conferencia Panamericana, cuando Estados Unidos aparecía definitivamente volcado en la construcción del panamericanismo, esto es, un tipo de unión política de todos los países americanos bajo el liderazgo estadounidense.²

² Para completar el estudio de la Doctrina Monroe y de todos los corolarios (panamericanistas) que la siguieron, ver Manuel Hernández

En este sentido, es significativo lo que escribía Leopoldo Alas «Clarín» en el prólogo de *Ariel*: «Con el señuelo del panamericanismo se pretende que los americanos latinos olviden lo que tienen de latinos, de españoles mejor, para englobarlos en la civilización yanqui»; y añadía: «Y como los triunfos exteriores, brillantes, positivos del americanismo del norte son tantos, en la América española no falta quien se deje sugestionar por esta tendencia».

El mensaje de Rodó por medio de *Ariel* pretendía transmitir una reacción contra la corriente dominante, la que, proveniente del norte del continente, trataba de imponer sus valores sociales en el sur. En ese sentido, rechaza el utilitarismo, el materialismo capitalista, el absolutismo del sentido de lo práctico. Todos ellos, rasgos que José Enrique Rodó identifica como propios de Calibán, el anti Ariel. Por el contrario, nuestro autor ensalza el idealismo, el altruismo, el desinterés espiritualista, todas ellas virtudes que caracterizaban a Ariel, genio del aire y de la espiritualidad. Esta es, en síntesis, la primera idea-mensaje del arielismo, en tanto doctrina inspirada en las virtudes de un héroe que aboga por la anteposición de un idealismo-espiritualista frente al creciente dominio-atracción que ejerce la cultura angloamericana. Desde el punto de vista de Rodó, el idealismo-espiritualista es la principal virtud —de connotaciones culturales— de los iberoamericanos y lo que los distingue, en lo fundamental, de los habitantes del norte del continente.

El arielismo, desde esta perspectiva, implica la adopción de planteamientos antipositivistas, lo que no deja de llamar la atención en unos tiempos en los que el positivismo triunfaba en América y en Europa de la mano de Henri de Saint-Simon, de

Ruigómez, «¿Hacia una integración política de los Estados americanos? La revitalización de la OEA», *Revista Cuenta y Razón del pensamiento actual* (enero-febrero 1996): 143-157.

Auguste Comte y de John Stuart Mill. Es decir, era el triunfo de la afirmación de que el único conocimiento auténtico es el que nos proporciona el método científico, como por ejemplo la física. En este punto, es importante subrayar que el arielismo no es una posición exclusiva del pensador uruguayo, sino que recorría por entonces (finales del siglo XIX, principios del siglo XX) el continente americano de cultura hispana desde México hasta la Argentina y Chile. Ahí tenemos los casos bien patentes en la obra del mexicano José Vasconcelos (1882-1959) o en la del argentino Alejandro Korn (1860-1936).

La segunda idea-mensaje formulada por Rodó está de alguna manera vinculada con la primera. A este respecto, nuestro autor propone un camino de afirmación de los valores culturales y sociales presentes en la civilización latino-cristiana. Para ello, y a su juicio, solo a través del perfeccionamiento de los sistemas educativos de los países hispanoamericanos podrá lograrse este objetivo. Pero José Enrique Rodó apunta un elemento fundamental en la materialización de este proyecto y es que la alta calidad de la enseñanza, a todos los niveles, debe de ir acompañada de su extensión a todos los ciudadanos. De este modo, el arielismo establece la condición de la universalización de la educación sin excepciones no solo para asentar las bases de un progreso social continuado sino para la consecución de una auténtica democratización en el acceso a la educación. De esta forma, se está asegurando de que llegue a todos los componentes de la sociedad nacional con independencia de su capacidad económica.

Salta a la vista que en este anhelo arielista late un poderoso sustrato democrático: la igualdad de oportunidades en el acceso a cualquiera de los niveles educativos debe de ser independiente de la procedencia social del individuo. Con todo, Rodó evita dar a entender que en su doctrina anida una generalización acrítica del acceso a la educación. Bien al contrario, cree que al

no responder todas las personas de igual modo al bloque que forman los estímulos educativos o de acceso a la educación es preciso establecer una suerte de jerarquía de los más capaces. Esto supone el nacimiento de una minoría, podríamos decir de una élite. Por ello, nuestro autor piensa que esta minoría debe de constituirse en guía moral, espiritual e incluso político de la sociedad nacional a la que pertenezca. El pensador uruguayo no cree, en consecuencia, en una democracia que desconozca las desigualdades legítimas, connaturales al género humano, que existen entre los hombres. En su opinión, ese desconocimiento supondría tanto como ignorar la naturaleza de la misma estirpe humana en la que las diferencias entre unos y otros son parte ineludible.

Ariel hace propuestas que cabría identificar, por una parte, como basadas en un cierto elitismo y, por la otra, profundamente democráticas. Así, por ejemplo, en su texto, se llega a decir al pie de la letra que «democracia y ciencia son los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa». Para añadir que, a su juicio, la democracia debe de estar dirigida por los más dotados para ello y una ciencia a la que todos tengan acceso por igual. Quería Rodó sentar así un equilibrio entre la tendencia masificadora de una democracia en sentido puro y el establecimiento de una función directora, a medio camino entre el derecho de las mayorías y el voto selectivo de cada uno de los individuos que forman parte de la sociedad democrática. En sus propias palabras: «Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados». Claro que ello exigiría que la función política directora dependiera de la autoexigencia que se impusieran los partidos en el proceso de selección de los líderes, lo que, como salta a la vista, no siempre ocurre.

El sustrato ideológico de esta sociedad arielista de gran vocación democrática estaría constituido por el entrecruzamiento de los ideales y valores aportados por la civilización de la Grecia clásica de un lado y por el cristianismo de otro. Desde la perspectiva de José Enrique Rodó, la moderación, armonía y equilibrio entre pensamiento y acción de los griegos se uniría a la caridad y al hermanamiento cristianos para conformar un tipo de sociedad radicalmente distinta de la imperante en Angloamérica y para la que Iberoamérica, según nuestro autor, está bien adaptada.

Panorama interamericano en que se gestó *Ariel*

Ariel se gestó (1900) en el marco de una opinión pública en el Nuevo Mundo dominada por lo que se conoce por panamericanismo. Es decir, estamos ante la estructura multinacional a través de la cual se procuraba la unificación del continente, pero bajo la batuta (¿o el garrote?) estadounidense a partir de la creación de la Unión Panamericana en 1889, por cierto, antecedente directo de la actual Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington. Se trataba de una relación vertical, una imposición desde el norte que José Vasconcelos supo ver con claridad: «Monroísmo es el ideal anglosajón de incorporar a las veinte naciones hispánicas al imperio del norte mediante la política del panamericanismo».³ Se refería el polígrafo mexicano a la *Doctrina Monroe* (1823) que, en su inicio, se había diseñado en Washington para salvaguardar la independencia de las nuevas naciones hispanoamericanas ante la eventualidad de que las potencias europeas, agrupadas en la

³ Ver José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo* (Santiago de Chile: Ed. Ercilla, 1934), 9-14.

Santa Alianza, decidieran ayudar a España en la recuperación de sus virreinos. El problema es que, muy pronto, la Doctrina Monroe se trocó en instrumento de dominación y su lema más famoso, «América para los americanos», fue traducido en la capital estadounidense, como «todo el continente para los americanos del norte». Con respecto a esta iniciativa del presidente estadounidense James Monroe, Pedro Henríquez Ureña escribió un artículo al que dio el diáfano y nada interpretable título de «La doctrina peligrosa».⁴

Entre la formulación de la Doctrina Monroe y el *Big Stick* (1904) del presidente estadounidense Theodore Roosevelt (1901-1909), la potencia del norte fue definiendo su relación con el sur por medio de diferentes tomas de posición. Así, en 1854, los representantes diplomáticos de Estados Unidos en Madrid, Londres y París, reunidos en un balneario belga, lanzaron lo que se conoció como el *Manifiesto de Ostende*. En esta declaración se decía que si España persistiera en rechazar la oferta estadounidense para comprarle Cuba sus autoridades se verían obligadas a dar la orden de ocupar la isla por la fuerza. En paralelo, en Estados Unidos se empezaba a desarrollar una especie de movimiento «psicológico de masas» conocido como el *Manifest Destiny*. El fundamento de esta doctrina partía de la creencia de que Estados Unidos había logrado crear un sistema económico, político y social casi perfecto lo que supuestamente le daba derecho a expandirlo a otras partes del mundo y, en especial, al resto de los países americanos: el Destino Manifiesto. Este pseudo dogma estaba abriéndose camino en la opinión pública estadounidense y consolidándose como sostén ideológico de cualquier tipo de política expansionista que Washington se decidiese a poner en marcha. Más adelante, en vísperas de la

⁴ Pedro Henríquez Ureña, *Repertorio americano* VII, núm. 4 (1923): 49-51

creación de la Unión Panamericana, fue formulado lo que hoy se conoce como *Corolario Hayes* a la Doctrina Monroe. Mediante este corolario, los países centroamericanos pasaron a ser «zona de interés estratégico preferente» para la seguridad exterior de Estados Unidos. Poco más tarde, en 1895, el secretario de Estado, Richard Olney, declaró, en referencia a América del Sur, que «Estados Unidos es prácticamente soberano en ese continente».

Ese era el ambiente reinante en las repúblicas hispanoamericanas en vísperas de que José Enrique Rodó escribiera y publicara su *Ariel*. Se puede asegurar que el monroísmo había pasado a formar parte integrante de la política exterior de Washington. Por ello, no es de extrañar que el presidente Theodore Roosevelt declarara, en 1904, que Estados Unidos podía actuar militarmente en cualquier parte del continente, a partir de lo que se conoce como *Corolario Roosevelt* a la Doctrina Monroe, que también ha recibido el apelativo de *Big Stick* o política del gran garrote. A partir de ese momento, Estados Unidos intervino y ocupó a voluntad diversos países, empezando por Cuba y Puerto Rico, en 1898, expulsando a España e imponiendo la llamada Enmienda Platt a la Constitución cubana de 1901. Mediante esta disposición constitucional, Estados Unidos podía enviar a voluntad a su ejército a la isla, así como limitaba el poder soberano de Cuba para firmar tratados internacionales, entre otros. En Panamá, en 1903, Estados Unidos fomentó la separación de ese país de Colombia y poco después obtuvo la soberanía sobre la Zona del Canal mediante el Tratado Hay-Bunau Varilla. Entre 1912 y 1933, una fuerza de ocupación estadounidense tomó el control sobre Nicaragua. Lo mismo sucedió en Haití pocos años después, entre 1915 y 1934, y, un año más tarde en la República Dominicana, donde las tropas de ocupación estadounidenses permanecieron entre 1916 y 1924, sin mencionar otras operaciones más breves y puntuales.

En efecto, Estados Unidos, sobre la base de la Doctrina Monroe y de sus corolarios, se estaba haciendo con el control del resto del continente por vía de su potencia económica y militar imponiendo sus formas de entender la sociedad y la política. Esto no podía pasar desapercibido y, entre otros, José Enrique Rodó lo había visto con claridad, aunque, antes de la publicación de *Ariel*, no hubiesen acontecido toda esa cadena de acciones militares que se perpetraron desde Washington para someter por la fuerza al resto del continente a lo largo de la presidencia de Theodore Roosevelt y de sus inmediatos sucesores. *Ariel* es, entre otras cosas, un grito contra el panamericanismo monroista, un grito para defender los valores de la civilización hispanoamericana frente al abuso de la potencia estadounidense. El continente tuvo que esperar hasta la «Good Neighbor Policy» (1933) del presidente Franklin D. Roosevelt quien, como curiosidad, era sobrino de Theodore, para establecer una relación de igualdad (más o menos) con los países al sur del Río Bravo.

Repercusión internacional de *Ariel*

Considerando la trascendencia y la repercusión que este libro tuvo entre la intelectualidad americana y española de la época, no se puede sostener que el arielismo fuera un fenómeno aislado que surgiera de manera espontánea en aquel momento preciso de la historia de América. Su alcance, espoleado por la política hemisférica de Estados Unidos, se expandió con mucha rapidez por todas las naciones hispanoamericanas y tuvo una considerable influencia entre los intelectuales que concluían por entonces su etapa formativa, es decir, en torno a la edad de 30 años.⁵

⁵ En relación a los intelectuales y políticos dominicanos influenciados por el arielismo ver: Arístides Incháustegui, «El ideario de Rodó en el

Junto al pensador uruguayo, apareció toda una larga serie de autores que respondían, en líneas generales, a las mismas motivaciones e impulsos. En concreto, el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba habla de una «generación de intelectuales» cuyos componentes estaban movidos por una preocupación compartida: el futuro político de Iberoamérica. Además de José Enrique Rodó, formarían parte de esta generación, entre otros, el boliviano Alcides Arguedas (1879-1946), los argentinos Carlos Octavio Bunge (1874-1918) y Joaquín Víctor González (1863-1923), el colombiano Carlos Arturo Torres Peña (1867-1911) y el venezolano Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936).⁶ En la República Dominicana, y dentro de esta generación de intelectuales hispanoamericanos, sobresalieron con luz propia los hermanos Pedro (1884-1946) y Maximiliano (Max) Henríquez Ureña (1886-1968), entusiastas difusores de la obra de Rodó. Los hermanos Henríquez Ureña no se conformaron con divulgar *Ariel* en su país, sino que incluso lo llevaron fuera de la Española haciéndolo publicar en Santiago (Cuba), en 1905, y en Monterrey (México), en 1908. Estamos ante una generación de pensadores nacidos en América y dotados de una coherencia intelectual decisiva, así como una similar concepción de la vida.

Gracias al trabajo de divulgación que realizaron los hermanos Henríquez Ureña, el *Ariel* tuvo una amplia difusión en los

trujillismo», en Diógenes Céspedes (ed.), *Los orígenes de la ideología trujillista* (Santo Domingo: Colección Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002), 87-107; y Diógenes Céspedes, «El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. Nacionalismo práctico. Los intelectuales antes de y bajo Trujillo», en Diógenes Céspedes (ed.), *Los orígenes de la ideología trujillista...*, 147-223.

⁶ Hernández Sánchez-Barba, «Una generación de intelectuales...», [nota 1], 166.

medios intelectuales de la República Dominicana en el correr de los primeros años del siglo XX. De este modo, la *Revista Literaria*, que se publicaba en Santo Domingo de Guzmán, fue la primera que sacó a la luz *Ariel* fuera del Uruguay en la que fue su tercera edición mundial, en ese caso por entregas, en 1901.⁷ Hay que resaltar que las dos primeras ediciones se imprimieron en Montevideo, en 1900. Este simple dato muestra la importancia que tuvo la obra de Rodó en La Española muy poco después de su aparición en la capital uruguaya. El hecho de haber sido publicado en la capital dominicana antes que en ninguna otra capital hispanoamericana se debe, en buena medida, a la labor realizada por Federico Henríquez y Carvajal, padre de los hermanos Pedro y Max, así como al otro hijo de don Federico, Francisco Noel Henríquez Ureña. Fue Francisco Noel, a la sazón residente en Nueva York, junto con su padre don Federico quienes primero recibieron copias de *Ariel*. Impresionados ambos por el mensaje renovador del ensayo rodosista, se apresuraron a difundirlo en su país.⁸

Pedro Henríquez Ureña, en su primer libro, *Ensayos críticos* (1904), introdujo un artículo dedicado al *Ariel* en el que se confiesa impresionado por la obra de Rodó aunque desliza una cierta crítica frente al mensaje cargado de antinorteamericanismo de la obra de Rodó: «Cabe, en mi sentir, oponer reparos a

⁷ Raffaele Cesana, «El papel de los Henríquez Ureña en la difusión de *Ariel* en República Dominicana, Cuba y México (1901-1908)», México, *Revista de Estudios Latinoamericanos* (diciembre 2019): 50.

⁸ Raffaele Cesana, «El diálogo entre la misiva y el ensayo: la correspondencia entre los hermanos Henríquez Ureña y José Enrique Rodó», en Liliana Weinberg (coord.), *El ensayo en diálogo: ensayo, prosa de ideas, campo literario y discurso social. Hacia una lectura densa del ensayo*, Vol. 2 (México: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional Autónoma de México (CIALC-UNAM), 2017), 228.

algunos de sus juicios severos sobre la nación septentrional».⁹ Es cierto que Rodó nunca viajó a Estados Unidos. El conocimiento cercano de ese país tal vez hubiera enriquecido las tesis contenidas en *Ariel*, algo que desde el punto de vista de Pedro Henríquez Ureña «le hubiera dado [a Rodó] mejores apoyos de sustentación sin necesidad de que cambiara la tesis fundamental de su libro».¹⁰ Sin embargo, hay un mensaje incontrovertible que impregna toda la obra del uruguayo y que admite poca discusión: hay que defender la originalidad (y hasta la superioridad) de la civilización hispanoamericana frente a la otra gran cultura americana: la anglosajona, impulsada por su creciente poderío económico. En una carta que Rodó escribió a don Pedro en relación con el ensayo crítico de éste, también titulado «Ariel» —aparecido en su libro *Ensayos críticos*—, le dice sin tapujos que de una coordinación eficaz entre la intelectualidad hispanoamericana «puede surgir impulso de vida para la crítica y, en general, para la literatura de la América nueva».¹¹ Se refiere a una América hispana independiente desde una perspectiva cultural y con el brío suficiente para sobrevivir frente a la anglosajona e incluso para imponérsele desde muchos puntos de vista. Y es que América «es el tema por excelencia en la obra de Pedro Henríquez Ureña».¹²

⁹ Citado por Laura Febres, *Pedro Henríquez Ureña, crítico de América* (Caracas: Ediciones la Casa Bello, 1989).

¹⁰ Emilio Carilla, «El tema esencial de Pedro Henríquez Ureña», Bogotá, *Revista Thesaurus* (1980): 126.

¹¹ Amadeo Julián: «Pedro Henríquez Ureña, Lucas Thomas Gibbes y la primera edición de *Horas de estudio*», México, *Cuadernos Americanos* (2020): 12. El autor menciona el gran influjo que el *Ariel* de Rodó tuvo en los primeros años del desarrollo intelectual de Pedro Henríquez Ureña.

¹² Carilla, «El tema esencial de Pedro Henríquez Ureña»..., [nota 8], 122.

Entre Rodó y Pedro Henríquez Ureña se produjo una mutua atracción intelectual que nació del impacto que *Ariel* significó para el dominicano: en el ensayo sobre la obra de José Enrique Rodó, escrito por Henríquez Ureña en 1904, se percibe con claridad esa actitud (*Obra crítica*, 26 y 27). Los dos defendían que la América española tenía la suficiente potencia cultural para equipararse a cualquier otra, incluyendo a la del norte que, como se vio en Cuba y Puerto Rico en 1898, actuó con una prepotencia humillante. Pero ambos salvan al pueblo estadounidense de la censura diferenciándolo de las injusticias de sus gobernantes. Más tarde, Henríquez Ureña verá la posibilidad de la rebeldía individual de los hombres de la «Otra América» —la hispánica— frente al sistema mercantilista: «En los Estados Unidos del siglo XX el pensador y el artista, si son genuinos, son rebeldes: instinto y razón les avisan que la aquiescencia los hundiría en la mediocridad» (*Obra crítica*, 314). Los intelectuales que poseen «espíritu crítico» no pueden fomentar el fanatismo y ver solo el lado oscuro del enemigo. Están obligados a comprender la luminosidad que, a veces, ese rival expresa. Es fácil observar la comunidad de ideas que se gestó entre el uruguayo y el dominicano a partir de la publicación de *Ariel* y el influjo que esta obra tuvo en el primigenio Henríquez Ureña.

Esa fecunda familia dominicana no se conformó con dar a conocer la obra de Rodó en Cuba a través de la revista *Cuba Literaria*, publicada en la ciudad de Santiago. También los Henríquez Ureña fueron los responsables de que, poco más tarde, la obra cumbre de Rodó pasara (junto con ellos) de Cuba a México. En el antiguo virreinato novohispano pronto consiguieron que se publicase, en edición individualizada, en los Talleres Modernos Lozano de la ciudad de Monterrey, en 1908. Para ello, obtuvieron el apoyo económico del entonces gobernador del estado de Nuevo León, Bernardo Reyes. Con antelación, en

un artículo titulado «Marginalia: José Enrique Rodó» (*Revista Moderna de México*, 1907), Pedro Henríquez Ureña había procedido a la presentación de *Ariel* y de su autor ante los medios intelectuales mexicanos.¹³ Como cabe imaginar, una obra como la del uruguayo, en la que reclamaba que la América hispánica no podía quedar relegada ante el norte anglosajón solo podía tener una excelente acogida entre los políticos e intelectuales novohispanos, el país americano en donde, con diferencia, el sentimiento «antigringo» estaba más arraigado.

En el caso de la generación española del «Noventa y Ocho», el motor que movió desde un enfoque intelectual a sus componentes fue su compartido rechazo a la situación de postración por la que entonces pasaba España, así como su derrota en la llamada Guerra Hispanoamericana (1898). Del mismo modo, y en lo que respecta a esta generación americana al sur del río Bravo, como nos dice Hernández Sánchez-Barba, sería «la comprobación del fabuloso crecimiento de la potencialidad de los Estados Unidos» lo que les puso en guardia frente a la dominación angloamericana que se podía intuir en el horizonte.¹⁴ Junto a ello, hay que agregar el evidente peligro de *deslatinización* al que se enfrentaban los países iberoamericanos ante la desmedida pujanza económica y militar de Estados Unidos. En definitiva, este grupo de intelectuales hispanoamericanos se impusieron como tarea la de combatir aquella «nordomanía» de la que hablaba José Enrique Rodó para salvaguardar el legado cultural de los países hispanófonos de América.

¹³ Cessana, «El papel de los Henríquez Ureña»..., [nota 6], 62.

¹⁴ Hernández Sánchez-Barba, «Una generación de intelectuales» ..., [nota 1], 193.

Conclusiones

Como hemos venido señalando, *Ariel* viene a transmitir el malestar finisecular hispanoamericano y los profundos anhelos de renovación espiritual, cultural, social, económica, política y hasta identitaria. Estas inquietudes se pueden encontrar también en la corriente modernista imperante en el continente hispánico en los años previos y posteriores al cambio de centuria. Estamos ante una toma de conciencia de la propia identidad, diferenciada y opuesta por tanto a la que, por vía política y militar, se estaba intentando imponer desde el norte. El propio Pedro Henríquez Ureña subrayó que, «como pensador, [a José Enrique Rodó] se le deben la original doctrina de la ‘ética del devenir’ y sus estudios sobre hechos y orientaciones de la vida social y la cultura en América».¹⁵ Es decir, el devenir interpretado como renovación. No es casualidad que, por su lado, el gran portaestandarte del Modernismo, Rubén Darío, ejerciera una notable influencia en José Enrique Rodó. Éste había publicado, un año antes de *Ariel*, un ensayo titulado «Rubén Darío» (1899).¹⁶ En este extenso estudio de más de 50 páginas, Rodó confiesa: «Yo soy modernista también, yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo».¹⁷ El Modernismo, sin embargo, fue un movimiento que incidía más

¹⁵ Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América hispánica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1947), 131.

¹⁶ Ver Diego González Gadea, «Sobre Rodó y Rubén Darío», *Letras Internacionales*, núm. 88-3, Universidad ORT, Montevideo, Uruguay, 2009.

¹⁷ José Enrique Rodó, *Cinco ensayos: Montalvo; Ariel; Bolívar; Rubén Darío; Liberalismo y jacobinismo* (Madrid: Editorial América, 1915), 310 y 311. Hay que hacer notar, sin embargo, que Rodó publicó su ensayo «Rubén Darío» en 1899 en Montevideo.

en la sensibilidad, en lo estético, pero fue a través de su influencia literaria como logró penetrar en la conciencia del mundo hispánico, tanto americano como europeo. Este ascendente fue muy visible en las dos orillas del Atlántico que experimentaban a la vez un mismo movimiento renovador, aunque su motivación fuera diferente.

Por eso mismo, creo que es importante subrayar la coincidencia en el tiempo entre la Generación del Noventa y Ocho en España y la Generación formada en América por el encuentro temporal del Modernismo con el grupo renovador encabezado por José Enrique Rodó. A este respecto, Mario Hernández Sánchez-Barba señala que su centro cronológico es el año 1902 y como tal vamos a identificarla. Y se pregunta si ambos conjuntos intelectuales, en España y en América, son paralelos concluyendo que «la respuesta tiene que ser afirmativa». Ambos coinciden en la misma preocupación sobre el presente de la realidad humana en la que se mueven y lo hacen a partir de la historia. El resultado de este análisis se proyecta hacia el futuro en cada una de sus respectivas sociedades nacionales lo que provoca el nacimiento de una preocupación de carácter generacional por el porvenir del continente. Este rasgo es el que da relevancia a la generación americana de 1902, «estratégicamente situada en una época de reconsideración y transformación».¹⁸ Sus componentes inciden de modo individual, de una u otra manera, en resaltar lo que a cada uno de ellos más llama la atención sobre los aspectos literarios, filosóficos, estéticos, socioeconómicos o políticos que sobresalen en unos países con una identidad propia y una historia compartida. Fue así como esa preocupación individual, pero de la que participaban otros muchos, se convirtió en movimiento acompasado

¹⁸ Hernández Sánchez-Barba, «Una generación de intelectuales»..., [nota 1], pág. 193.

de una serie de intelectuales que acabaron por convertirse en grupo reconocible.

Así como la Generación del Noventa y Ocho se sintió espoleada a raíz del declive y abatimiento que experimentaba España tras el llamado «desastre» de 1898, Rodó y los demás componentes de la Generación de 1902 reflexionaron, escribieron y actuaron en el marco del cada vez más asfixiante panamericanismo monroista. Sus componentes estaban ante un movimiento nordista que, como hemos visto, buscaba la dominación sin ambages del resto de América. Estados Unidos procuraba entonces conseguir, bajo su claro dominio, un bloque unitario constituido por todos los países del continente, en particular, por los centroamericanos y caribeños, su *backyard*. Llama la atención el hecho de que el origen de la motivación de ambos grupos generacionales se encontraba en una política exterior y militar estadounidense caracterizada por la voracidad panamericanista. Fueron momentos en los que nació el concepto de «raza compartida» en los dos lados del Atlántico. Pero no nos equivoquemos; se trata de una noción que no se explica con el simple recurso a herramientas etno-antropológicas, sino que más bien hemos de apelar a un «abolengo histórico» compartido. Estamos ante un término que se refiere en pureza a un concepto que está en continua construcción y que nada tiene que ver con el sentido biológico o vinculado con la naturaleza al que el vocablo nos induce de modo automático¹⁹. «Raza

¹⁹ Unamuno lo explica muy bien: «Convendría acabar con ese equívoco de la raza o darle un sentido histórico y humano, no naturalístico y animal. Y la raza histórica –no naturalística–, humana –no animal– es algo no hecho, sino que está haciéndose de continuo, que mira al porvenir y no al pasado. Y en cuanto mira al pasado se llama más bien abolengo». Ver «La fiesta de la raza», artículo publicado por Miguel de Unamuno en el diario *El Adelanto* de Salamanca, el 13-X-1922.

compartida» surge en la mayor parte de los países de América (y en España) como corolario de un sentimiento antinorteamericanista coparticipado que ilustra a una buena parte de la intelectualidad de ambas orillas.

Lo que se estaba produciendo en la América hispana, espolcado por *Ariel*, fue una reacción de quijotismo intelectual frente al todopoderoso «imperio» estadounidense. El país del norte, sin cortapisas, decidió, en un momento dado, aplicar su dominio al resto de América, aun siendo histórica y culturalmente diferente. Y Rodó advierte: «la poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral».²⁰ Un aviso que lanza a los hispanoamericanos pidiéndoles que resistan a la «nordomanía», a ponerle límites «que la razón y el sentimiento señalan de consuno».²¹ No hay que olvidar que aparte del tipo de sociedad que estaba construyendo, Estados Unidos se encontraba, en los albores del siglo XX, en vísperas de convertirse en un poder ilimitado, como pocos años después demostró con ocasión de la primera y segunda guerras mundiales. Washington buscaba tornarse en el gobernante del conjunto del continente: América para los americanos, pero para los del norte. Esto es consecuencia de lo que muchas veces ocurre: «el que detenta el poder puede hacer prácticamente lo que se le antoje y, en particular, fortalecer dicho poder, acercándose así al poder ilimitado o incontrolado», como ha escrito Karl Popper.²² Esta frase describe la política interamericana de Estados Unidos entre 1898, fecha de la Guerra Hispano-norteamericana, y 1933, momento en que el presidente Franklin D. Roosevelt dicta la «Good Neighbor Policy». Por eso, no es casualidad

²⁰ Rodó, *Cinco ensayos...*, [nota 16], 168.

²¹ Rodó, [nota 16], 169.

²² Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos* (Barcelona: Paidós, 6ª reimpresión, 1994), 125.

que *Ariel* saliera de la imprenta en el año crucial de 1900, en plena ofensiva de superioridad por parte estadounidense. *Ariel* constituye una defensa clara del americanismo, concepto que vincula, al tiempo que critica a la cultura estadounidense retomando con ello una corriente, la de diferenciarse del norte, que se inició con José Martí.

Rodó se concentró sobre todo en dar confianza, convicción a la cultura y a la civilización hispanoamericanas. Y al tiempo, hacer que no se dejara vencer por un complejo de inferioridad frente a la eficacia y el utilitarismo norteamericano. Si a Rubén Darío le cupo ser el portaestandarte de la renovación literaria en América, a José Rodó le correspondió renovar la conciencia colectiva de las naciones hispanoamericanas como un espacio con una identidad propia, en especial, frente a la nordomanía. Este impulso, que fue espiritual, junto con el prestigio que su obra *Ariel* alcanzó en muchos de los países al sur del río Bravo y en España, está en la base del enorme florecimiento de la literatura hispanoamericana por medio de los novelistas que comenzaron a publicar a partir de los años cuarenta, comenzando por el cubano Alejo Carpentier. Su novela *El reino de este mundo*, ambientada en Haití y publicada en 1949, puede ser considerada como el arranque de la brillante etapa que desde entonces vive la literatura hispanoamericana. Rodó estaba convencido de la importancia de los cimientos culturales sobre los que descansa una civilización como fundamento del resurgir de unas naciones que pasaban por momentos de sumisión ante una nordomanía que amenazaba con engullir los rasgos propios de su ser. El arielismo es una propuesta de renovación espiritual frente al materialismo rampante del capitalismo estadounidense y a la pujanza de la cultura anglosajona. Rodó y su arielismo son un desafío frente a una sociedad basada en el dinero y en el triunfo, en el beneficio capitalista a todo trance. Él mismo lo subraya alabando «la creciente manifestación del

sentido idealista de la vida, uno de los signos del espíritu nuevo que ha sucedido al positivismo».²³

No quiero terminar sin referirme al comentario hecho por Carlos Fuentes sobre nuestro autor uruguayo en el prólogo que firma en la edición angloamericana de *Ariel* (1988). En ese texto, Fuentes describe de forma ambivalente, contradictoria y hasta paradójica a su autor como «irritating, insufferable, admirable, stimulating, disappointing Rodó» («irritante, insufrible, admirable, estimulante, decepcionante Rodó»), mientras resalta que se trata de «un libro esencial en la prolongada búsqueda latinoamericana de la identidad».²⁴ Con un comentario como ese, el gran escritor mexicano ha querido decirlo todo y, al tiempo, no decir nada al confrontar juicios de valor que se contradicen entre sí, anulándose. Por supuesto que todo en este mundo puede recibir cualquier tipo de valoración, positiva, negativa o ambas a la vez y además puede ser examinado desde muy diferentes perspectivas. Pero desde mi punto de vista, siempre hay que tratar de encajar un juicio de valor, una opinión sobre algo en el ámbito y en el tiempo en que se produjo o se publicó para poderlos comprender en toda su extensión. No podemos aplicar criterios actuales para entender en su completa dimensión algo que se escribió hace ahora más de un siglo porque corremos el riesgo de desbaratar. Por ello, considerando esa premisa, es evidente para mí que el mensaje contenido en la obra cumbre de José Enrique Rodó tuvo la virtud de despertar a la intelectualidad hispanoamericana en relación con la propia identidad.

²³ Citado por Gustavo San Román, «La recepción de Rodó en Cuba», *Revista de la Biblioteca Nacional*, año 1, núm. 3, Montevideo, 2009, 73.

²⁴ Ver Belén Castro Morales, «José Enrique Rodó en tres ensayistas mexicanos: Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis y Enrique Krauze», *Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 66 (2018): 148 y 149.

Lo que quiero decir es que, desde mi perspectiva personal, prefiero quedarme con la sentencia pronunciada por Pedro Henríquez Ureña que define el *Ariel* como «uno de los libros de más alta enseñanza para los hispanoamericanos».²⁵

²⁵ Citado por Raffaele Cesana, «José Enrique Rodó en México», tesis doctoral, México, UNAM, 2016, 228.